

CNEL. JUAN BEVERINA

LA GUERRA CONTRA EL  
IMPERIO DEL BRASIL.

## LA BATALLA DE ITUZAINGÓ

(20 DE FEBRERO DE 1827)

Entre los numerosos hechos de armas librados en las cruentas y gloriosas campañas de nuestra independencia, la acción del 20 de febrero de 1827 se destaca con brillo singular, no sólo por haber logrado las armas republicanas imponerse a un enemigo poderoso y abatir el orgullo del monarca cuyos ambiciosos planes amenazaban la integridad territorial de las Provincias Unidas del Río de la Plata, sino por constituir con *Maipo* y *Ayacucho* una trinidad de gloria, significando cada hombre la independencia de un nuevo Estado.

Si bien la batalla de *Ituzaingó* no llegó a tener la trascendencia militar decisiva de las que aseguraron la libertad de Chile y del Perú—pues al lograr retirarse el ejército brasileño del campo de la acción fué necesario continuar la guerra aun durante un año y medio,—sin embargo, el éxito del general Alvear sobre el marqués de Barbacena sería de igual importancia política que los alcanzados por San Martín en el llano de *Maipú* y por Sucre en el valle de *Ayacucho* contra los Ejércitos realistas de Osorio y de Canterac.

Pocos hechos de armas habían apasionado más a la opinión de dos pueblos beligerantes y suscitado controversias más acaloradas en la apreciación del éxito militar que la batalla de *Ituzaingó*: los unos en defensa de sus legítimas glorias; los otros por restar brillo a la victoria o por negar totalmente el triunfo de los soldados republicanos, habiendo quien afirma que «el único triunfador del campo de batalla de *Ituzaingó* fué el incendio» (1), y quien designa a esa batalla como «nosso ilustre *Feito d'Armas*» (2), llegando los más moderados a conceder que en la acción del 20 de febrero no hubo vencidos ni vencedores, como si el abandono del campo de batalla por el Ejército de Barbacena, la gran dispersión experimentada por sus tropas, la pérdida del armamento, municiones y bagajes, y la

(1) Que se propagó a retaguardia de las tropas imperiales (*Historia da Campanha do Sul em 1827*, pág. 291).

(2) Titara: *Memorias do grande exercito aliado libertador do Sul da America*.

persecución realizada por una parte de la caballería republicana, no bastasen a demostrar la legitimidad de la victoria alcanzada por las tropas del general Alvear (1).

Sin caer tampoco en el error de los del bando opuesto, que por ensalzar en forma desmedida la actuación de los vencedores han exagerado el alcance de los distintos episodios, tergiversando la verdad histórica, será obra útil y patriótica ofrecer un cuadro sincero y leal, tanto de los acontecimientos que prepararon la batalla como de su desarrollo y consecuencias.

### La maniobra del general Alvear para preparar la batalla

El plan de invasión del ejército republicano a Río Grande, realizado en enero de 1827, habíase cumplido felizmente en la parte que tenía en vista la ocupación de Bagé. Las ulteriores operaciones del general Alvear deberían orientarse naturalmente a impedir que los dos grupos principales del enemigo—el de Barbacena en Santa Ana y el del mariscal Brown en la villa de Río Grande—pudiesen efectuar su reunión. Así lo requerían los intereses primordiales de la campaña y los principios básicos del arte de la guerra.

Sin embargo, las lluvias torrenciales que a partir del 26 de enero sorprendía al Ejército republicano en Bagé, lo mantuvieron inmovilizado en este punto durante cuatro días; tiempo que el marqués de Barbacena supo aprovechar hábilmente para continuar la marcha que desde Santa Ana venía realizando hacia el Este, buscando reunirse a las fuerzas del mariscal Brown.

El 3 de febrero las tropas imperiales habían salvado la grave crisis que constituía su marcha de flanco a pequeña distancia del enemigo; la masa de su caballería (brigadier Barreto), utilizada cual guardaflanco, llenó cumplidamente la misión de cubrir y proteger la arriesgada maniobra. Guarecido ahora Barbacena en las asperezas de la Sierra de Camacú, ya no debía temer el ataque de un adversario imposibilitado de sacar partido de su numerosa caballería en ese terreno tan desfavorable a su acción. El 5 de febrero las fuerzas de Barbacena y de Brown logran por fin reunirse sobre el arroyo Palmas.

(1) En honor de la verdad hay que dejar constancia de que un historiador brasileño—el general Tasso Fragoso—ha reconocido abiertamente que Ituzaingó fué una victoria incontestable del Ejército republicano. Esta afirmación, hecha con el criterio consciente de un profesional y con la sinceridad de un historiador imparcial, ha desatado las iras de los intransigentes, que no han trepidado en acusarlo hasta... ; de falta de patriotismo!

Cuando el Ejército republicano pudo reanudar el 31 de enero sus operaciones desde *Bagé*, habíase perdido la oportunidad de aprovechar su favorable situación en la línea interna para impedir la reunión de los grupos adversarios. El general Alvear no tardó en comprender la imposibilidad de desalojar al enemigo de sus fuertes posiciones: sus escuadrones, que por el largo recorrido desde el campamento del *Arroyo Grande* hasta *Bagé* habían dejado inutilizados la mayor parte de sus caballos, no podían pretender luchar con éxito contra la numerosa infantería imperial en un terreno en que todas las ventajas eran a favor de esta arma, sin que, por otra parte, los cuatro pequeños batallones de *Cazadores* con que contaba el Ejército republicano pudiesen hacer gran peso en la balanza, dada la superioridad numérica de la infantería adversaria.

Ya el 4 de febrero el general Alvear había desistido de presentar batalla al marqués de Barbacena en las fuertes posiciones ocupadas por sus tropas. En el primer momento tal vez pensara el general republicano detenerse en el punto alcanzado, en observación del enemigo y en espera de que éste se resolviese a salir de su guarida, pasando de la defensiva a la ofensiva. Pero este pensamiento, de haber existido, no tardaría en ser desechado por quien comprendía el gran valor de la iniciativa en las operaciones. Además, era preciso obligar al marqués de Barbacena a renunciar al aumento de sus efectivos y al arreglo de sus unidades, impeliéndole a entrar nuevamente en actividad, sin concederle el tiempo que precisaba para alcanzar las enunciadadas ventajas.

Y surgió el nuevo plan del general Alvear, de confiar a la maniobra lo que no habría podido obtener por el ataque a viva fuerza: el Ejército republicano continuaría su invasión hacia el norte, en dirección a *San Gabriel*; con lo cual, al mismo tiempo que podrá obtener en las numerosas estancias de la región la cantidad de caballos necesaria para remontar sus escuadrones, conservará su entera libertad de movimientos y pondrá al general enemigo en el trance de abandonar sus fuertes posiciones para seguir los pasos de los invasores, pues el clamor general de los habitantes del territorio invadido no le permitiría quedar por mucho tiempo inactivo en su campamento actual. La maniobra del general Alvear tendrá, además, la ventaja de permitirle una libre elección del terreno en el cual presentará combate al enemigo; elección que naturalmente se inspirará en la condición fundamental del mejor empleo de su numerosa caballería.

### El marqués de Barbacena favorece el plan de su adversario

El nuevo avance hacia el norte para penetrar en el interior del territorio enemigo fué comenzado por el Ejército republicano el 5 de febrero, habiendo confiado al I Cuerpo (general Lavalleja) la protección de las espaldas de la columna en marcha.

El día 8 era ocupado *San Gabriel* por el coronel Zufriategui, cayendo en su poder los depósitos que allí habían establecido los imperiales, y cuatro días después el grueso de las fuerzas republicanas vivaqueaba en las inmediaciones de esta localidad. Las numerosas partidas que el general Alvear destacara en todas direcciones en procura de caballos, habían conseguido reunir unos «doce mil caballos gordos y buenos»; con lo cual se mejoró notablemente la movilidad de las armas montadas.

Sin embargo, esta ventaja sería transitoria: las prolongadas marchas que hasta el día de la batalla debió realizar el Ejército a través de un terreno áspero y privado de recursos, harían que «el día de *Ituzaingó* más de mil hombres estaban montados, en vez de caballos, en esqueletos; todo el Ejército quedó sin reserva (de caballos), a pesar de que el General en jefe pidió todos los caballos de su silla a la tropa, y de que su ejemplo fué seguido por los generales, jefes y oficiales del Ejército, y que no habían transeursado ocho días desde que los doce mil caballos se consiguieron». (1).

Desde *San Gabriel* el Ejército republicano continuó el día 14 hacia el norte, por el camino a *Santa María*. Pero el 15 de febrero el general Alvear se vió obligado a tomar la dirección del oeste, atravesando el 16 el río *Cacqui* por el paso del mismo nombre.

Los motivos que le obligaron a este cambio de dirección están expresados en una carta del 14 de febrero al general Lavalleja, en la cual le decía: «Es absolutamente imposible seguir por este camino; no hay agua; unas sierras del diablo; en fin, no podemos ir. En esta vista, usted sostenga ese punto de *San Gabriel*; haga usted descubrir el camino de *Yaguary* (río), que es por donde dicen viene la columna grande, y si lo cargan en fuerza, repliégnese por el camino de la *Cuchilla Grande*. Yo marchó hoy, esta tarde, otra vez, sobre *San Gabriel*: reconoceré de mañana una buena posición, que me ha dicho el general Soler que hay en el camino de la *Cu-*

(1) Nota del general Alvear al Ministro de Guerra, del 25 de marzo de 1827 (*Partes Oficiales*, tomo IV, pág. 372).

» *chilla Grande*, como tres leguas de *San Gabriel*; si es buena, allí » esperaremos a los enemigos; si no es, mañana estaré en *San Gabriel*.» (1).

El resultado del reconocimiento a que se refiere el general Alvear debió, sin duda, ser desfavorable, pues resolvió seguir hacia *Paso del Rosario*, sobre el río *Santa María*, acerea de las condiciones de cuyo terreno recibiera informes favorables.

En esos mismos días la brigada enemiga de Bento Manuel Ribeiro, destacada por el marqués de Barbacena sobre el flanco derecho de las fuerzas republicanas, había sido batida por el coronel Lavalle en *Bacacay* y por el general Mansilla en el *Paso Ombú*, sobre el *Ibicuy* (13 y 15 de febrero). Bento Manuel, desmoralizado por los dos contrastes, se guareció al norte del *Ibicuy*, «para situar sus caballadas en lugar seguro», según oficiaba el 15 de febrero al marqués de Barbacena.

El comandante en jefe de las fuerzas imperiales vióse obligado a abandonar el día 10 sus posiciones en la *Sierra de Camacúá*, para seguir los movimientos del ejército adversario, a quien suponía en retirada hacia el oeste. Pero al día siguiente supo que éste había tomado la dirección del norte y ocupado *San Gabriel*.

Comprendiendo el ridículo que recaería sobre el Ejército y las críticas de que se le haría objeto por haber dejado plena libertad al enemigo para penetrar en el interior del territorio, Barbacena no perdió instante en dirigirse sobre *San Gabriel*, localidad que ocupaba el 17 de febrero en momentos en que era evacuada por la retaguardia de las fuerzas republicanas.

El general Alvear, entretanto, conociendo la aproximación del enemigo, continuó el día 18 sobre el paso *Cucequí*, hacia el del *Rosario*, que alcanzaba en la mañana del 19.

Las noticias que recibiera el marqués de Barbacena acerca de los movimientos del enemigo indicaban que éste marchaba en derechura al *Paso San Simón*, para atravesar el río *Santa María* por este punto; y juzgando aquél que ya no podría darle alcance para impedirle atravesar el río, resolvió dirigirse de *San Gabriel* a *Paso del Rosario*, para adelantarse así a los republicanos al oeste del *Santa María* y caer después contra su flanco izquierdo. La falsa apreciación de las intenciones del adversario hará que la batalla del 20 de febrero resulte para el marqués de Barbacena «un encuentro inespe-

(1) Documento inédito existente en el *Archivo y Museo Histórico* de Montevideo. Libro II, *Fondo Andrés Lamas*, doc. N.º 336.

rado y una verdadera sorpresa en marcha», según habrá de reconocerlo el barón de Río Branco, uno de los que con más terquedad ha pretendido negar importancia a la victoria de *Ituzingó* (1).

### Las fuerzas en presencia

En la determinación de los efectivos que los historiadores argentinos y brasileños han atribuido a los dos ejércitos que intervinieron en *Ituzingó* se descubre a menudo una marcada exageración en la cantidad de hombres y de elementos que manifiestan para las fuerzas contrarias, cual si con ello pretendiesen hacer más importante un triunfo obtenido con inferioridad numérica o aminorar la derrota sufrida en la misma condición.

No hay duda que mucho han contribuido a ello los informes de los respectivos comandantes en jefe, quienes de buena fe, o a sabiendas y con un fin preconcebido, daban por lo común al adversario efectivos muy superiores a los reales.

Con estados verídicos a la vista es posible determinar para cada beligerante la cantidad de combatientes que intervinieron en la batalla del 20 de febrero de 1827.

La fuerza efectiva del Ejército republicano ascendía a unos ocho mil hombres: 1.800 infantes, distribuidos en cuatro batallones de Cazadores (2); 3.000 hombres de caballería de línea (3), 4.000 milicianos de caballería de Buenos Aires (4) y 500 artilleros con 16 piezas de diverso calibre. Completaban la cantidad total indicada las milicias orientales, que constituían el I Cuerpo de Ejército, a las órdenes del general Lavalleja y cuya cifra ascendía a un poco más de 2.000 jinetes.

Toda la infantería y la artillería formaban el III Cuerpo de Ejército, a las órdenes del general Soler.

La caballería de línea estaba agrupada en divisiones, de dos regimientos cada cual, y cuyos jefes eran los coroneles Brandsen, Paz,

(1) Esta expresión de Río Branco figura en sus comentarios a unas cartas de Barbaena a Bento Manuel, que publicó la *Revista Militar Brasileira* en el número correspondiente a enero-junio de 1924.

(2) El número 1 (coronel Correa), el número 2 (coronel Alegre), el número 3 (coronel Garzón) y el número 5 (coronel Olazábal).

(3) Los regimientos número 1 (coronel Brandsen), número 2 (coronel Paz), número 3 (teniente coronel Pacheco), número 4 (coronel Lavalle), número 8 (coronel Juan Zufriategui), número 9 (coronel Manuel Oribe) y número 16 (coronel Olavarría); además, el escuadrón de *Conecrros* (coronel Anacleto Medina).

(4) El Regimiento de *Colorados de las Conchas* (coronel Vilela).

Lavalle y Zufriategui, que conservaban al mismo tiempo el comando de sus respectivos regimientos.

El Ejército imperial, a su vez, alcanzaba a 6.300 hombres, de los cuales 2.300 de infantería, 3.700 jinetes y 300 artilleros con 12 bocas de fuego. A poca distancia del campo de batalla quedó la 1.ª Brigada ligera (coronel Bento Manuel), constante de 1.100 jinetes, que por causas inexplicables dejó de intervenir en la acción.

Las fuerzas imperiales hallábanse agrupadas en dos divisiones: la primera, a las órdenes del general Barreto (1), comprendía tres batallones de *Cazadores* y dos brigadas de caballería; la segunda, al mando del general Calado, se componía de dos batallones y dos brigadas de caballería. A estas unidades hay que agregar el llamado *Cuerpo de Vanguardia*, (los voluntarios del general Abreu, barón de Cerro Largo), la 2.ª Brigada de Caballería Ligera (coronel Bento Gonçalves), y la artillería del coronel Madeira.

Del cotejo de las cantidades surge la superioridad numérica de los republicanos en la caballería, si bien una posible intervención de la Brigada de Bento Manuel hubiese casi equilibrado esta arma en los dos ejércitos. Los imperiales, en cambio, llevan ventaja en la infantería, no sólo por el mayor efectivo, sino también por la calidad de los soldados, pues la 1.ª División forma el célebre batallón N.º 27 de alemanes.

### La batalla <sup>(2)</sup>

En la tarde del 19 de febrero los dos ejércitos están separados por una distancia de 17 kilómetros: los republicanos vivaquean en las inmediaciones del *Paso del Rosario*, y los imperiales, después de avanzar por el camino que de *San Gabriel* conduce a este paso, se han detenido en la estancia de *Ferreira*. El *Cuerpo de Vanguardia*, que durante el día había permanecido a la vista del enemigo, se retiró al obscurecer a los vivaques del grueso.

La situación en que se encuentra el general Alvear es desastrosa. El río *Santa María* está a nado e imposibilita el pasaje de la infan-

(1) Durante la batalla fué dirigida por el mariscal Brown, que era el segundo comandante en jefe del Ejército imperial.

(2) Véase al final el plano N.º 4: (*La batalla de Ituzaingó*).

En una conferencia leída por el autor el 15 de septiembre de 1923 en la *Junta de Historia y Numismática Americana*, se trató bastante detalladamente el desarrollo de esta batalla. Por lo cual y en atención a que ella fué publicada en *La Nación* del 16 del mismo mes y año y en *Revista Militar* del mes de noviembre de 1923, se ha creído conveniente sintetizar aquí la descripción de este hecho de armas. Además, la publicación hecha en *Revista Militar* iba acompañada de varios croquis con las distintas fases del combate.

tería y de la artillería; el terreno donde vivaquean sus tropas es completamente bajo y dominado por las alturas que se hallan interpuestas entre los dos ejércitos. Si el general republicano acepta la batalla en la posición que ocupa en la tarde del 19, se expone a un desastre, y se verá después acorralado contra el obstáculo y sin salvación posible. Es, pues, necesario asegurarse esa misma tarde la posesión de las alturas, ya que al día siguiente la batalla será inevitable, dada la pequeña distancia a que han llegado los imperiales.

El coronel Olazábal recibe orden de ocupar con el batallón N.º 5 de *Cazadores* y la batería Chilavert las alturas situadas a dos kilómetros de los vivaques, y de mantenerlas hasta que al día siguiente pueda desplegar en ellas todo el ejército. El general Lavalleja, con el I Cuerpo, secundará la misión que se le confía. Antes de que anocheciera, el destacamento del coronel Olazábal se hallaba en la posición que le ha determinado el Comandante en jefe.

A las dos de la mañana del 20 de febrero, aprovechando la claridad de la luna, los imperiales reanudan la marcha hacia el *Paso del Rosario*. El marqués de Barbaena, que suponía al adversario empeñado en el pasaje del *Santa María*, no quiso desperdiciar la brillante oportunidad que se le presentaba de caer sobre las espaldas del enemigo para destruirlo en el momento crítico en que estaba atravesando el río.

A las pocas horas de marcha la columna de los imperiales encuentra interceptado el camino por fuerzas enemigas situadas en una altura dominante. Por sus pequeños efectivos debe tratarse de una retaguardia encargada de proteger la operación del pasaje del *Santa María* por el grueso del Ejército. Así explica Barbaena la presencia de esas tropas, a las cuales es forzoso rechazar sin pérdida de tiempo, para llegar cuanto antes al *Paso del Rosario*, que para él continúa siendo la meta decisiva.

La columna brasileña recibe, pues, la orden de desdoblar y de ocupar las alturas que a distancia de 1.500 metros corren en dirección paralela a las que están en poder de la retaguardia enemiga. Las divisiones de Calado y de Barreto (ésta a las órdenes del mariscal Brown), despliegan al centro, cubiertas en sus flancos por dos masas de caballería. Terminada esta maniobra preliminar, Brown se prepara a lanzar sus batallones al ataque.

En la madrugada del día 20 el general Alvear, después de impartir las órdenes para la marcha del Ejército hacia el campo de batalla, se adelanta a las posiciones que la víspera mandó ocupar con el destacamento Olazábal. El batallón N.º 5 y la batería Chilavert están en su puesto, listos para recibir al enemigo. El I Cuerpo

del general Lavalleja cubre la derecha de las tropas de Olazábal, un poco escalonado hacia refaguardia.

Desde las alturas que ocupa su vanguardia el general Alvear no tarda en descubrir la maniobra del enemigo que se prepara al ataque. El momento es crítico para el general republicano, pues el grueso de sus fuerzas demorará algún tiempo en llegar a la posición, a causa de que las unidades avanzan en abanico (desdobladas) por un terreno poco propicio. Pero es forzoso mantener a todo trance las alturas hasta que todo el ejército haya desplegado en batalla. Es así que el coronel Olazábal recibe la orden de hacerse matar en la posición antes que retroceder un paso, y la División Laguna, perteneciente al I Cuerpo, es enviada a cubrir la izquierda de las fuerzas del coronel Olazábal, que se hallan amenazadas por un ataque de la caballería imperial.

Mientras tanto, la 1.<sup>a</sup> División brasileña ha avanzado contra la posición de la vanguardia republicana, atravesando el zanjón interpuesto entre las dos alturas. Los escuadrones del general Laguna se lanzan resueltamente contra la caballería de la 1.<sup>a</sup> División; y si bien esta carga es rechazada tres veces consecutivas, la temeridad del ataque y la violencia con que es llevado logran imponer al adversario: éste se defiende, y los batallones de Brown forman los cuadros en previsión de una violenta acometida de toda la caballería republicana.

Poco tardan los imperiales en reaccionar. No bien comprobada la debilidad de las fuerzas contrarias, aquéllos renuevan sus avances con nuevos bríos, sufriendo los fuegos del N.º 5 de *Cazadores* y de la batería Chilavert. Pero los intrépidos escuadrones de la División Laguna, reorganizados a toda prisa, se lanzan en una última carga desesperada contra la división enemiga, logrando paralizar otra vez su avance.

Afortunadamente, el grueso de la caballería republicana va llegando al campo de batalla. La División Sufriategui (regimientos N.º 8 y 16) y los *Coraceros* de Medina van a reforzar el cuerpo de Lavalleja, reemplazando allí a la División Laguna; los regimientos de Brandsen, de Pacheco y de Paz entran en línea a la izquierda de la vanguardia; la División Lavalle se dirige a ocupar la extrema izquierda. Sólo la infantería y la artillería, entorpecidas en su avance por las dificultades del terreno, no han llegado aún a la posición. Sin embargo, el general Alvear, en el interés de hacer más concreto el éxito ya obtenido por los escuadrones orientales del general Laguna, ordena a los coroneles Brandsen y Paz de cargar contra la infantería enemiga. Los Regimientos N.º 1 y 2 de caballería se lan-

zan sucesivamente al ataque, estrellándose contra los cuadros inmovibles de los batallones del mariscal Brown.

A esta altura de la acción el jefe imperial juzga comprometida la posición que ocupa, no sólo porque el resto del Ejército no ha secundado el avance de la 1.<sup>a</sup> División, sino también porque nuevas tropas enemigas van prolongando la línea de batalla y su caballería se muestra incansable en sus violentas acometidas. Es así que el mariscal Brown juzga prudente retroceder al otro lado del zanjón.

Llégase ahora a la fase decisiva de la batalla. Mereced a la tenaz resistencia de la vanguardia republicana, todo el ejército ha podido ocupar la posición de combate. Quebrado el ataque de la 1.<sup>a</sup> División imperial, el general Alvear resuelve pasar a la ofensiva, generalizando la batalla.

Inicia el movimiento el ala derecha republicana. El general Lavalleja se lanza con los *Dragones Orientales* y los *Coruceros* de Medina contra el cuerpo del brigadier Abreu, que huye en desorden hasta caer sobre los cuerpos del ala izquierda de la División Calado; éste hace formar cuadros, que abren el fuego para contener a los dispersos, cayendo muerto el propio brigadier Abreu. La carga de Lavalleja se quiebra al llegar a proximidad de los batallones enemigos.

El general Alvear, que seguía con atención el movimiento de Lavalleja, lanza en su apoyo al coronel Olavarría con el regimiento N.º 16 de Lanceros, sostenido por el N.º 8 de Zufriategui. Llevada la carga con irresistible empuje, es desbaratada la caballería enemiga, y los cuadros de la 2.<sup>a</sup> División imperial ceden terreno hacia la batería situada en su derecha.

Sobre la extrema izquierda el coronel Lavalle, que ha obtenido la autorización del Comandante en jefe, se lanza con su división (el regimiento N.º 4 y los *Colorados*) contra la brigada de Bento Gonçalves, que no resiste la violencia del ataque y se da a la fuga.

« A esta altura del combate toda la caballería imperial puede considerarse en dispersión. Los victoriosos escuadrones republicanos acosan a los fugitivos y caen sobre los bagajes del enemigo. Pero la infantería no quiere abandonar el campo; aun más: demuestra veleidades de renovar el ataque para romper el centro de la posición republicana. Y allá van los angustiosos pedidos del mariscal Brown al brigadier Calado, para que acuda con sus batallones hacia el centro, a fin de secundar el proyectado ataque de la 1.<sup>a</sup> División.

» El general Alvear, que después del éxito obtenido por las tropas de su ala derecha se ha trasladado al centro de la posición para dominar la situación de conjunto e impartir más eficazmente sus

» órdenes, no tarda en descubrir el nuevo plan de ataque de los imperiales. En el deseo de paralizar de golpe ese nuevo avance enemigo, ordena al coronel Brandsen de lanzarse con el regimiento N.º 1 de caballería contra la infantería de la 1.ª División. La carga es realizada con todo arrojo; pero la zanja y el fuego de los batallones enemigos malogran el éxito del ataque: el bravo coronel Brandsen cae acerbillado al frente de sus valientes soldados. Este sacrificio, tan duramente criticado al Comandante en jefe, no ha sido estéril, pues los imperiales renuncian a salir de sus posiciones al otro lado de la zanja.» (1).

Una nueva carga es llevada por el coronel Paz de propia iniciativa contra la 2.ª División, que acudía en apoyo del mariscal Brown; y si bien los lanceros del N.º 2 fueron a estrellarse contra la infantería enemiga del brigadier Calado, el movimiento del adversario logró ser retardado.

El marqués de Barbacena no tardó en comprender lo crítico de su situación. La caballería republicana ha rodeado las alas y amenaza la retaguardia de la infantería imperial; los batallones contrarios están intactos y pueden ser lanzados en un ataque frontal incontenible para completar el éxito de su caballería. Además, el incendio del campo en las espaldas de la línea brasileña amenaza hacer volar las municiones y pone en serios apuros a las tropas. Para escapar así a una destrucción que juzga inevitable si pretendiese prolongar el combate, Barbacena da la orden de retirada, que se efectúa hacia el *Paso Cacequí*, en el río del mismo nombre. La infantería republicana, encuadrada por el cuerpo de Lavalleja a la derecha y por la División Lavalle a la izquierda, inicia la persecución, que por orden del Comandante en jefe cesa al poco tiempo.

« Los invictos de *Ituzaingó* pueden ya ceñir sus sienes con los laureles de los triunfadores, pese a la sistemática porfía de sus contrarios, de querer negar la evidencia de su derrota.»

\*  
\* \*

Las pérdidas sufridas en la batalla fueron bastante considerables para los dos combatientes.

El Ejército republicano—según listas nominales que existen en el Archivo General de la Nación (2)—tuvo 147 muertos y 256 heri-

(1) Párrafos de nuestra conferencia, citada en una nota anterior.

(2) Firmadas por los generales Lucio Mansilla y Lavalleja, el 27 de febrero y 6 de marzo de 1827, y elevadas por el primero, en su carácter de jefe de Estado Mayor, al Ministro de Guerra en la segunda fecha indicada.

dos y contusos, contándose entre los primeros al coronel Brandsen, comandante Manuel Besares, capitán Miguel Marcó, teniente 1.º José María Delgado, tenientes Ignacio Lavalle y José Ignacio Molina y alférez Cabral; y entre los segundos a los coroneles Olavarría (contuso en la cara) y Leonardo Olivera (jefe del regimiento de milicias de *Maldonado*), y teniente coronel Adrián Medina, comandante del escuadrón de Tiradores (*orientales*).

De los totales indicados correspondieron 68 muertos y 154 heridos a las fuerzas de Lavalleja, incluyendo en éstas a los regimientos N.º 8 y 9 de caballería, formados en su mayor parte por orientales.

Con excepción de tres muertos y seis heridos del batallón N.º 5 de *Cazadores*, todas las demás bajas fueron sufridas por la caballería, lo que se explica por haber sido esta arma la que casi exclusivamente intervino en la batalla, habiendo quedado los otros batallones inactivos durante el combate.

El Ejército imperial, a su vez, sufrió pérdidas muy sensibles, especialmente en el número de dispersos, que el marqués de Barbacena hacía ascender a 1.500 en sus informes. El barón de Río Branco, en el relato que hace de la batalla del 20 de febrero en sus *Ephemerides Brasileiras*, calcula las pérdidas del ejército de Barbacena en 172 muertos, 91 heridos y 74 prisioneros, y agrega: «Mas, como » en estas cifras no se incluyen las pérdidas que tuvieron el cuerpo » de *Voluntarios* (1), el N.º 24 y el 39 de milicias y la guardia de » los bagajes, puede calcularse que hubo unos 200 muertos, 150 prisioneros o heridos dejados en el campo, 91 heridos que siguieron al » Ejército y 800 dispersos o extraviados, entre los cuales los enfermos que estaban en el Hospital. Con los extraviados tuvimos fuera de combate 1.300 hombres, pues el Ejército se retiró con 4.700 » combatientes.»

### Consideraciones finales

La batalla de *Ituzaingó*, en lo que a la forma particular de su preparación y conducción se refiere, escapa a la clasificación general que normalmente es posible hacer de los encuentros que se producen entre dos ejércitos.

No es común, en efecto, que las fuerzas invasoras, después de

(1) El del general Abreu, barón del Cerro Largo, que se dispersó al ser cargado por Lavalleja.

haber penetrado en el territorio enemigo, renuncien a atacar al ejército contrario, que por su inferioridad numérica se ha visto momentáneamente obligado a observar una actitud defensiva. Y si bien, a veces, las condiciones locales podrán inducir al invasor a demorar el ataque o a desistir de él ante la imposibilidad de realizarlo con éxito, la maniobra a que el General en jefe confiará la tarea de obligar al adversario a abandonar sus fuertes posiciones no será dirigida en forma tal que éste venga a quedar interpuesto entre el ejército invasor y su base de operaciones, transformando la penetración en el interior del territorio enemigo en una especie de retirada—pues las fuerzas adversarias habrán seguido sobre sus pasos,—realizada en una dirección totalmente opuesta a la que corresponde a esta clase de operaciones.

La acción del 20 de febrero de 1827, en lo que a la actuación singular de las fuerzas republicanas se refiere, resulta una batalla al gusto de Lavalle o de La Madrid, que fían el éxito al resultado exclusivo de las cargas del arma de su predilección; procedimiento que hubiesen desdeñado un San Martín o un Paz, para aplicar, en cambio, con resultados más concluyentes, los métodos científicos, que se inspiran en la acción armónica y concordante de las distintas armas y en el empleo hasta del último hombre y del postrer aliento para alcanzar con la victoria la destrucción completa del enemigo.

Acertadamente ha caracterizado a la batalla de *Ituzaingó* el actual Ministro de Guerra, general Justo, en uno de los párrafos del discurso pronunciado en la reciente inauguración del monumento del general Alvear: «Place a todo espíritu amante de las tradiciones nacionales descubrir en esta victoria, obtenida casi exclusivamente a punta de lanza y sable por los indómitos centauros republicanos en sus temerarias y renovadas cargas contra los cuadros imperiales, un soberbio alarde del valor criollo, que pretende fiar más en el ímpetu de la arremetida del jinete que en el empleo científico de la masa combinada.

» El objetivo elegido en *Ituzaingó* parece responder precisamente a este concepto, pues los cuadros alemanes de la línea de Barbacena —la flor de las huestes imperiales—constituirán el centro de gravedad de la acción de la caballería republicana. Es una escena que tiene por espectadores a las otras armas, es el épico encuentro, que habrá de añadir un nuevo laurel a la corona de triunfos de la caballería argentina.

» Con tanto empeño había buscado Alvear un terreno propicio a la acción de esta arma, con tan hábiles maniobras consiguió arrancar al adversario de las serranías de *Canacú* hasta atraerlo al

» llano del *Santa María*, que, si empeñaba todo su ejército en el combate, estimaría defraudar el legítimo derecho de la caballería a obtener ella sola la victoria o a prepararla cuando menos. El comportamiento de los escuadrones de Lavalle y de Mansilla en *Bacacay* y en *Ombú*—aun teñidos en sangre estaban las moharras y los sables de los vencedores—era la mejor garantía de lo que podría esperarse de aquella arma: los cálculos del Comandante en jefe no resultaron fallidos.»

---